

EN 2012, SEGUNDO CENTENARIO DE LAS QUINTAS Y DEL SERVICIO MILITAR

DIEZ AÑOS SIN SERVICIO MILITAR, “SIN MILI”



Monumento a los Soldados y Marineros del Servicio Militar Obligatorio, de la popular “MILI”, erigido en el Paseo Marítimo de Alicante, en octubre de 2001.

Representan un Soldado del Ejército de Tierra, un Marinero de la Armada y un Soldado del Ejército del Aire.

La “mili” se fue porque no hubo forma de contener la avalancha de medios legales de evasión que al español se le ponían encima de la mesa a la hora de pasar por el cuartel, llámese objeción de conciencia, prórrogas de incorporación a filas, exenciones médicas o simplemente insumisión.

Desde que el presidente Aznar anunció en 1998, durante su discurso de investidura, que en breve las Fuerzas Armadas estarían formadas exclusivamente por profesionales, todo fue una carrera para ver quién se podía quitar mejor de encima la posibilidad de vestir el uniforme de soldado.

A partir de aquel momento se hicieron públicas las conversaciones o acuerdos entre el partido Popular y Convergencia y Unión sobre la necesidad de suprimir “la mili” y consecuentemente nutrir las unidades militares con personal profesional. La cuestión se presentaba difícil: aquí en nuestro país no existía otra tradición de profesionalidad en la tropa que la escasa y mal organizada de algunos sistemas de voluntariado; era pues, preciso informarse y debatir sobre el asunto. Así, el presidente Aznar trasladó a las Cortes la propuesta para su debate. Con-

secuentemente se creó una Comisión Mixta Congreso Senado para la Plena Profesionalización de las Fuerzas Armadas, cuyo presidente fue el parlamentario Alejandro Muñoz Alonso, del partido gobernante.

Durante un año se sucedieron los debates y las comparencias. Militares españoles y agregados de países europeos y de USA, expusieron sus puntos de vista e información detallada ante los parlamentarios.

En un principio hubo discrepancias entre los dos grupos minoritarios: mientras el PP abogaba por la supresión inmediata y sin transición, el PSOE insistía en la necesidad de un sistema mixto de adaptación, mitad profesional, mitad de conscripción tradicional; al final se llegó a un modelo que más se parecía al sistema socialista que al popular. Durante el menor tiempo posible convivirían soldados de reemplazo con la tropa profesional hasta la total profesionalización. El resultado fue la ley 17/1999 de Régimen de Personal de las Fuerzas Armadas.

Pero con consenso o sin él, el resultado era predecible, el tiempo venía empujando y no era fácil alargar la existencia del Servicio Militar.

Ya la ley Orgánica 13/ 1991 del Servicio Militar redujo la duración en filas de doce a nueve meses, instauró lo que se llamó *la mili a la carta* que permitía a los convocados elegir destino según sus preferencias.

Por otra parte, en esas mismas fechas, se comenzaba a cuestionar el hecho de que sólo los varones tuvieran la obligación de realizar la mili mientras que las mujeres, si querían vestir el uniforme lo podían hacer, pero cobrando un sueldo como soldados profesionales. La objeción de conciencia se mostraba como la mejor salida a la situación de descontento generada por las últimas disposiciones del Ministerio de Defensa.

Según una encuesta realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas en 1997, el 75% de los jóvenes preguntados opinaba que el Servicio Militar debía suprimirse. Por otra parte, los datos aportados por el Servicio de Estadística de la Defensa, expresaban que de los 12.265 jóvenes llamados a filas para el reemplazo de 2001, el último de conscripción, sólo se presentaron ante las oficinas de reclutamiento 1.894, apenas el 15%, el resto se decantaron preferentemente por realizar la Prestación Social Sustitutiva, que aunque de mayor duración que el servicio en filas les permitía no asistir al cuartel.

La opinión de algunos militares también se decantaba en la misma línea de los interesados: el general Domínguez Buj, experto en misiones internacionales, aseguraba que *“el soldado profesional es preferible al de reemplazo, no por su motivación, sino por su experiencia, especialización y dominio del oficio”*, y no le faltaría razón. La supresión del servicio militar estaba pues abonada en todos los sentidos: el personal de los interesados, la opinión de los

profesionales y la intención de los políticos.

El Ministro de Defensa, Federico Trillo Figueroa, hizo pública y oficial la supresión de la mili. Cuando anunciaba a la prensa el fin del ciclo que comenzó en 1837, habían pasado por el cuartel nada menos que 161 quintas formadas por unos 32 millones de hombres. La finalización de “la mili” tenía todos los visos de considerarse un hito para la Historia. Otra época, otros objetivos y otra sociedad daban paso a un mundo nuevo y globalizado donde las Fuerzas Armadas tendrían unos ámbitos geográficos de actuación casi tan amplios como lo fueron antaño los de las tropas españolas del Imperio.

Una exposición denominada “La memoria del tiempo” se inauguró en el mes de octubre de 2001 en Alicante; en ella se mostraban objetos y recuerdos gráficos de aquella larga singladura del soldado de conscripción. Al trasladar la exposición a Madrid el 12 de octubre con motivo del Día de la Fiesta Nacional, y una vez instalada en la plaza de Colón, un atentado terrorista amenazó con destruirla totalmente. Era el triste epílogo de una larga historia. Hoy queda como recuerdo un monumento de Martín de Vidales erigido en Alicante al soldado de reemplazo e inaugurado por el Ministro Trillo el mismo día que se abrió la exposición en la explanada del puerto.

MIGUEL BONELLI
Teniente coronel